









Llámenme Ismael

Luis Armenta Malpica obtuvo el premio único de poesía en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2013. El jurado estuvo integrado por Héctor Carreto, David Huerta y Eduardo Langagne.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS



poesía

LUIS ARMENTA MALPICA

# Llámenme Ismael



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,  
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,  
Fernando Muñoz Samayoá

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,  
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Llámenme Ismael*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Luis Armenta Malpica

ISBN: 978/607/495/333/6

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración  
Pública Estatal CE: 205/01/32/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A mis sobrinos,  
que se miran en el espejo  
tratando de parecerse lo menos posible  
a quienes aman*



Encuentra lo que amas  
y deja que te mate.

CHARLES BUKOWSKI



## Embestida

No me pregunto si todos  
estos años hemos vivido  
juntos  
en páginas  
distantes  
un ojo  
cerca  
de otro  
una muñeca  
de otra  
y este  
filo  
rasgando  
la mirada  
en un filme  
surreal.

*Y Dios creó a las grandes ballenas*  
es una letanía allá en el fondo.

Aquí mientras comulgo  
aplasto con los dedos una hormiga  
que se lleva mi repentino asombro  
ante un jardín botánico:  
risperidonas  
haloperidolos  
olanzapinas  
aripiprazoles  
que giran  
e implosionan  
al azar  
mientras una columna de insectos  
se abre paso  
unos encima de otros  
y sin piedad alguna.

Arranco algunas hojas  
a mi viejo ejemplar de *Moby-Dick*.  
Las suficientes para hacer un océano de papeles  
en donde ahogar mis manos  
vacías y desangradas  
de una historia común.  
No cupimos  
en ella al mismo tiempo.  
Esta ballena blanca  
será escrita muchos años

después  
de separarnos.  
Conocíamos la trama del pincel y el cuchillo.  
Pero aquí se dan cita la pluma y el arpón.  
¿Qué hay de Dios en nosotros  
cuando dormimos juntos  
el hombre  
y la ballena?

1

Alguna vez lo dije: lo que ocurra en los muelles  
permanezca en las aguas.

Con lenguaje de señas, en clave  
morse, en braille  
o desarticulando las palabras  
a cada remo, sorbo, golpe  
respiración, se lo repito.  
Los fuegos de San Telmo  
en las arboladuras del Pabellón Rosetto  
nos han llevado al patio. Al dique  
a la alcoba de Helena. A los dioscuros  
ojos que brillan con el plasma.

Con tres lenguas de fuego nombran al mismo  
tiempo a todos los cetáceos conocidos:  
belugas, narvales y yubartas  
a marsopas, ballenas grises  
orcas y piloto. Al comodoro Starbuck  
quien vio luz en el mástil.

Pero esto no  
es un río: Leteo, Rubicón  
para quemar las naves.

Esto es el miedo.

2

Los miedos se han quedado en la tierra.  
A mediados del hombre. Enterrada su faz.  
Varados en la niebla del espejo (sin ti). Derivados  
a toda la familia. Fascinados los unos  
en los menos. Más miedo  
si profunda  
es la raíz  
del ojo. Corroídos  
por óxido de llanto  
y las toscas escarpías  
en la boca del hombre  
cuando niega si ha comulgado  
en éxtasis. Si ha comido a su dios.  
Si debemos hablar...

Yo no utilizo miedos (como drogas).  
Está en el mar  
mi Dios.

## 3

Le decían Moby-Dick  
y engullía a los pacientes  
como el ogro de piedra (del bosque) de Bomarzo.

Pero llámenlo (Ismael)  
con esa lengua ardiente  
del desesperanzado (Billy Budd).

Arpones  
que le atinan a ese mar  
(de azulejos)  
sin final ni respuesta.

Con la (indómita) luz media de los ojos  
lejos del puerto  
una lengua británica y hospitalaria  
(el espigón más largo)  
como un ahogado

comulga.

4

De las olas más quietas  
(tan humanas)  
emerge Moby-Dick.

Este dios imponente  
camina por las aguas  
con total displicencia.

Lo que tiene de mito  
(entre los muelles)  
de sagrado (en el bosque)

termina

por hundirlo.

5

Para comenzar (todo) de nuevo  
hay que decirlo:  
no existe Leviatán  
si nadamos (de *crawl*) por la locura.

En las olas (de Dios)  
existe un reino que ilumina la noche  
(persistente). Oscuridad (acaso).  
Ocaso que serena los sueños  
(y los entierra)  
más cerca de Nantucket  
que de Melville.

En esa luz (que sobra)  
de la espuma, en la salvación  
(de los pacientes), salvación en azul  
lejos ya (del naufragio)  
    él  
comulga.

## 6

## Las ballenas

—los dragones del mar—  
se extinguieron en el Bosque Sagrado de Bomarzo.

De sus piedras  
hicieron basamento de otros monstruos  
lápidas para la estirpe Orsini  
o camino a la casa inclinada de Farnese.

En su nave central  
hay unos ojos  
(fósiles)  
que atestiguan que no era una espada  
sino el arpón en fuego de San Jorge  
lo que acalló su canto.

Tiempo después un niño  
se envenena con la inmortalidad  
y transforma  
en cetáceo.

Y por sus propias lágrimas  
se alejó de los bosques.

Ni así perdió su giba.

7

Llámenme Ismael, pero  
en silencio. Mi nombre real  
es blanco  
de burlas y de arpones.

Si lo hacen en silencio  
no  
me importa.

Así escucho a los ángeles. A Dios.  
A quien (pacientemente) aguardo con la quijada abierta.  
Aunque mi cuerpo es grande, de eslora y emociones  
y pese a que hago fila (en este embarcadero)  
hacia la noche (tartamuda)  
yo  
comulgo.

8

Mi nombre tiene una letra (muda)  
en el principio. Y al principio también era la luz  
y el caos  
entraba (por los ojos).

Olvidaba los verbos que no tenían que ver  
con la piel más amada.  
Cada puerto era un hombre  
(como yo).  
Cada vez más distinto  
(y paciente)  
como aquel que comulga  
adelante  
de mí.

El de atrás lo persigue con un arpón en mano.  
Corre sin pantalones y sin ganas.  
Grita y grita Ismael. El enfermero  
es sordo. Como yo  
(la tiniebla sin *ti*)

mudo como la letra del hospital  
británico  
en cuyos azulejos se estrellan otras olas  
y el verbo  
se hace carne. Hombre, por fin

con esa misma letra  
que nos une.

9

Lo vi dejar la ropa y su inocencia  
en ese cuarto (blanco) del Pabellón Rosetto.  
Lo vi doblar su nombre  
entre los labios.  
Lo vi doblar las manos  
y caer  
(y caer  
en ese mar insomne) de la vida  
sin mayor asidero  
que su propia zozobra.

Lo vi con los ojos cerrados  
y la boca cerrada.  
Lo encontré maniatado todo  
el tiempo. Amordazado  
yo  
con esa misma sogá que el amor nos impuso  
cuando se acabó  
(todo).

Entonces escuchamos el canto  
de la ballena blanca.

10

Aunque prefiera las voces masculinas  
y templadas, tipo Britten  
él dijo: Jessye Norman.  
Dije: Mado Robin  
y deliramos.

Luego dieron las tres  
y la sola botella de tequila  
quedó sobre la mesa.

Nos dimos un último apretón  
y dejó boquiabierto su teléfono:  
una línea ocupada fue el único horizonte.

No hubo rastro de Dios  
ni de quien  
maniataba las preguntas.

La noche cayó calladamente  
(cinta canela en vilo)  
con sus anclas de llanto.

Él dijo: llámame  
Ismael. Y enloquecí  
(en silencio).

Tengo un sobrino que se llama Ismael  
de una estatura inmensa  
y corazón tan blando  
como el cuerpo del hombre  
a quien mata el amor del semejante.

Estudia para médico forense  
y no encuentra su sitio todavía.  
La autopsia es un destino  
en donde hunde las manos  
con más curiosidad que desencanto.

*Entonces en las aguas de Conchán*  
(verano 1978)

no había un regalo para las gentes de Villa El Salvador  
pobres entre los pobres.

Y hallándome en días tan difíciles  
no podía alimentar a la ballena que aún no me albergaba  
porque no había nacido mi sobrino.

En cambio, lo recuerdo  
busqué una habitación en otras aguas  
aunque ahora me arrepiento.

No hay nada como ver a través de un periscopio  
situado muy adentro de una ballena blanca  
que agoniza en las playas de Conchán

mientras nace un sobrino que habrá de rebanarla  
para sacar aceite  
y hacer más luminosa la pobreza del pobre.

12

El destino de las sombras no es

el silencio, sino la luz.

Los hombres requerimos de un recuerdo para hacernos  
de palabras y decirle mundo  
al mundo, respuesta  
a la pregunta, suposición  
al ser.

El cielo nos cobija de abandono y en las nubes  
no cabe un muerto más. Son  
el vivo reflejo de los hombres  
en tierra. Nadie avanza  
con su propia memoria. No hay impulso  
gravedad en la huella  
sin la raíz de todos. Acaso  
algún destello que nos hace situarnos  
frente a la inmensa noche de los días: adivinar  
un sol en la mirada de quien amamos  
tanto.

13

Está lejos de casa lo que miro  
sin candados  
me duele.  
Son las olas negrísimas de un paisaje  
interior  
por el que no deambulo  
más allá del desvelo.

Cuando cierro los ojos  
apaciento cetáceos  
y pongo los arpones  
bajo llave.

Sólo hay una ventana  
que reconozco  
mía.  
El espejo  
de lo que ya olvidé  
detrás del canto.

14

La gente que ha pasado  
por su cuerpo  
lleva un olor a cal  
en las heridas.

15

Estoy hecho de la belleza cruel  
de amar entre los hombres  
los lugares comunes.

Hago en los mismos pasos  
un círculo distinto.

Esta resaca y yo nos entendemos  
detrás  
de la memoria.

16

En la sal imposible  
que hace del hambre un verso  
puedo escribir sin dios  
sólo si Dios me dicta.

17

Estoy que me deshago  
de todo  
lo más mío  
para volver a casa.

18

Por fin

dentro de mis costillas  
de esta carne tan blanca y tan inmensa  
como la luz del día  
encuentro mi descanso.

19

Oh, capitán, mi capitán  
signan los marineros con su brazo.

En el abrazo dejo las náuseas  
que me produce el buque  
con su verga de encino.

Si no, ¿cómo mirar al hombre  
de una estatura idéntica a la mía?

En el seno de los hombres pacíficos  
hay un crimen

pendiente.

20

Mi sobrina usa argollas de pirsin  
sobrenombre y tatuajes.  
Me regaló un pendiente cuando nos conocimos  
y todavía se cuelga del bolsillo.

Nació en algún islote imaginario  
(los sitios de verdad no aparecen en mapas)  
y utiliza el arpón como si fuera  
un cetro.

En una jerga extraña  
decía sax, sex o six (siempre cerveza oscura)  
y me abrazaba, se pegaba  
a mi frente y apagaba la luz con el sordo soplido  
de aquellas ballenas de Nathaniel Tarn.

Por ella estoy a bordo  
de esta blanca locura que llamamos la vida.

Pero a veces escapa (dichosa  
esquizofrenia)

y suena en mis oídos todo lo ancho  
del miedo  
(letanía gregoriana del estilo John Cage).

Ya le dije que no puedo escaparme sin su apoyo.  
Le he dejado una almohada (blanquísima)  
que llamo Moby-Dick...  
entonces yo la abrazo, me la pongo en la frente  
y recito los versos del capitán  
mi capitán.

21

Le decían Moby-Dick

(como si fuera la obra de Herman o de Herrmann)

y envolvía a los pacientes

con esa blanca bata

de su cuerpo.

Pero llámenlo Ismael

cual si estuviera en coma

(atrapado en la película del checo Miloš Forman

o en la de Michael Crichton).

Dos puntos (en el cuello) y enseguida

la lluvia es un océano vertical:

un arpón, una estaca.

Los sobrinos asisten al concierto de Fabulosos Cadillacs

y en la noche, sin luna

se agarran a almohadazos.

La calma prevalece entre los ojos  
que me observan

mirarlos si comienzo a escribir  
(novela + partitura).

Pero bajo sus nombres (ya desnudos)  
se forma otra tormenta.

22

Para empezar de nuevo  
hay que decirlo  
(como si fuera un verso): no existe  
Moby-Dick.

Sólo soy  
Ismael

(yo es otro).

No me sé el nombre en latín del cachalote  
pero lo reconozco en la espuma  
de los objetos diarios.

Por la música que toca el hospital, pudiera ser de Westgaard  
de Sainon o de Mennin.  
Desconcierto de Zax, Led Zeppelin, Nirvana.

Por la pendiente de mi razón escucho que el agua se estremece  
y marchita en el desliz  
y acecho  
del cazador furtivo.

Por la corteza de ese nombre corre un río:  
lo he dragado de miedo  
lo he circunnavegado en hiedra  
y ruda y pasionaria  
mi voz y yo seguimos  
como dos horizontes, total y largamente a la deriva.

En las astillas le reclamé los gritos por el fuego.

En el mástil, el viento que me asfixia.

Porque si canto, grito; porque si escucho, me oigo tan adentro  
que a veces reconozco que no salí del agua.

Ese río tampoco tiene nombre.

Es la respiración de un dios desconocido.

24

La llegada de un nombre de tan lejos  
puebla de grandes rayas los temores.

Zarpa un arpón en lo profundo del Atlántico  
y la manta se apersona y agita  
despiadada de sueño.

En la caza mayor  
tiene su propio sitio

:

*doblemente rayada*

*doblemente asesina.*

La raya no es del agua ni del aire.  
Se reconoce nada más por su herencia  
y en su doble se esconde una hemorragia.

En el cepo del semen  
cayó en su propia historia.

En las heridas, la sangre fue paréntesis  
de una orca.

En el vuelo, una presa inhumana.

Ahogada de tan húmeda, en el aire.

Y seca en lo más íntimo de la orca.

Esto, amigos, no dicen los rugidos que da la orca.

Lo dice el cachalote cuando canta.

Ni Dios sabe los límites

que impuso a las ballenas al darles toda el agua.

Si es (la sangre) llevada por el nombre

o va causando el río.

Dios —lo sabemos— miente.

No hay agua dios

paréntesis o rayas.

25

Déjame que te cuente cómo lo hallé  
en el agua  
en el centro del agua  
donde el agua es bastante.

Entre ese torbellino de blancura  
a flote apenas  
cobijado en lo blanco  
un canto de ballena naufragaba en la sangre.

Mis grandes, torpes dedos  
la tomaron  
cual si de una mujer fuera ese frío.

Habría sido una astilla o su sueño de lirio  
quienes la contuvieron  
tal vez la arborescencia del plancton, algún injerto  
pendiente de sutura  
una lluvia fugaz fuera de un buque  
una nota de música...

Nunca sabré si el canto permanecía en el agua  
por un deseo de ahogarse o por supervivencia.

Lo tomé entre los dedos  
y el agua hizo en mis labios una costra.

(Ahora que estoy viejo y lo contemplo  
en su silueta blanca se recorta mi vida.)

Ese sollozo frágil deposité en el agua:  
mis dedos  
de inmediato  
no sintieron más frío.

Bastó un soplo de canto en el lamento  
para ensanchar su viaje.

Todo volvió a como era en el comienzo:  
no hubo más horizonte que el espejo del agua  
y una lejana, extensa manta blanca, de un rojo femenino.

Ésta es la paz a la que el ojo mide  
y el corazón apunta  
con su tesón de arpones.

26

Si Dios no se moviera, qué sería de las orcas que las aguas se llevan  
distantes de la casa  
de mis padres, de mis pequeños dedos  
qué de las hojas secas que abandonan el árbol  
de su infancia primera  
qué de la luz en humo sosegada.

Eso sería morir: dejar secos los barcos  
desmemoriado al hombre, sin más  
sombra el instante.

El canto  
de ballena es la sombra del niño.

Al Dios que sueño  
pido  
que me deje dormir algunas —muchas— horas

pero que nunca deje  
de moverme.

27

Es tan sencillo, a veces, que hablemos de la sangre  
los dioses y la desesperanza  
que uno va hacia la luz y corre grandes riesgos.

Nos vamos extendiendo por el polvo  
como si por el polvo diera vueltas la tierra.

Olvidamos  
que beber era un acto supremo  
desde antes de que existiera el agua.

Los peces no lo olvidan  
porque no habita en ellos la creencia en los vasos.  
Sólo nadan su sed y en ella existen.

Nosotros intentamos  
hacer de los arroyos alguna consecuencia del camino.

Pero entonces los otros atienden el murmullo de su especie  
e inventan buque y puerto.

Intuimos que la paz se forjó en nuestras leyes  
que el mundo en el origen era el caos.

Pero entonces las olas  
ya tenían ordenado sencillamente el mundo.

Nos quedan, pues, la sangre  
los dioses y la desesperanza como signos humanos.

Nos queda, quedamente, alguna manta blanca  
(hospitalaria, indómita) que nos cubra los ojos.

28

Le digo capitán, pero es como un hermano  
mi tocayo de sangre, mi pariente  
de sed. Somos del mismo  
sexo. La compulsión  
de un buque  
de vapor  
que abandona  
Nantucket  
igual que algunas veces  
dejamos en naufragio  
a la tripulación amotinada.

Ahora es su turno. Le creció  
un cachalote en la cabeza  
y lo tiene varado, lejos  
de su familia  
y tan lejos  
de la blanca  
esperanza

que da  
el catolicismo.

Digo buenaventura  
pero mi capitán no conoce  
otros mapas.

Aprovecho esta lluvia  
la *Sinfonía del mar* (de Vaughan Williams)  
para buscar a Dios entre mis sienes.

Ni en la cartografía de *El holandés errante*  
se aparece. Tal vez ha resbalado  
de mis dedos.

Será que es el fantasma (de Wagner) que deambula  
con esa bata blanca del insomnio.

29

El gran pez  
de la lágrima  
aflora  
hasta la superficie  
del mar  
  
muerto.

30

### Del vellocino

de los vapores bajos  
y hasta el alba rosada  
de su ascenso  
nadie vio  
en aquel marinero  
una mueca  
que falseara su rostro.

Se fue con la sonrisa  
de cura (pacífico) católico  
que separaba un pleito  
entre irlandeses.

Ni motín  
ni homicidio  
(dijimos).  
Un bárbaro que todos  
esperábamos  
(dijeron).

Era un ángel  
(me dije).

Desde entonces  
con ésta mi voz blanca  
me lanzo al abordaje de nuevos  
marineros (bonitos)  
gritando (atlántico y profundo):  
Billy Budd... Billy Budd.

31

Hoy ha salido el sol  
en mi cabeza.

De Moby-Dick  
no hay rastro.

Mis sobrinos lo saben.  
Y lo sabe Ismael.

Dejo la bata blanca  
en el muelle más próximo.

Ni motín ni homicidio.  
Billy Budd... Billy Budd.

32

Cual si fueran de lejía las olas  
el esqueleto de la playa se blanqueaba  
parejo.

Y aparejado en sus orillas  
el albatros de Baudelaire  
tropezaba sus pasos con la lengua.

Colocamos su locura en unos botes plásticos  
para que no flotara

inconsolable

a la deriva  
ese pájaro alcanzó su altivez  
al caer de la tabla.

El quirófano se quedó en santa paz.  
Aséptico. Tan plástico  
que cerramos los ojos para que

no doliera

(santa paz)

su blancura.

33

Los que no me conocen...

Dicen que hago escritura de los árboles  
y prefiero el silencio del ave al estrépito humano...  
que si en algunos rezos deposito mi fe  
con incredulidad devuelvo las palabras  
que no llegaron junto con las olas  
de la sangre más íntima.

A las astillas secas no hago lumbre.

Piensan que escribo siempre  
de lo mismo  
estas cosas comunes  
sin escándalo  
como si hiciera falta mayor provocación  
que la sola existencia.

Ante los libros de otros no soy ciego.

Aseguran con énfasis que en el siglo veintiuno ya no se debe citar frecuentemente y menos hacer sitio a la familia excepto que hayan sido abatidos por nuestras propias armas y nos llamemos Kevin Hannibal Lecter o John Claggard.

Bajo tales premisas prefiero leer a oscuras.

Se genera en las redes sociales el acoso textual sin más carta en la mano que encontrar deleznable a Peter Pan si Garfio está de moda.

(Cabe la reflexión con estos argumentos contra quiénes se escribe... de qué vanguardia hablamos... desde cuál perspectiva...)

En el Nunca Jamás de la poesía (entre lo que inquirimos y hacia donde volamos)

hasta cuándo se animará algún crítico  
a ponerle la campanita al tigre  
para empezar el diálogo...

Por el contrario  
(según lo que he leído)  
so pena de parecer antiguo  
nunca hay jamás en la palabra tiempo.

Aseguran que en el cristal humano  
las arenas del libro no dejan de caer  
como las hojas.

Sin conocer bastante a quien no me conoce, cruzo su nombre  
al mío.

¿Piensan así los libros en el hombre que leen?  
¿Es su pulpa tan segura y flexible  
como los comentarios que podemos hacernos  
de todo lo ignorado?  
¿Vale la pena desancorar las dudas  
si el silencio es el viaje?

Sobre lo ya expresado, resta elevar las velas.

Dicen que se navega a solas en la sangre  
y es común a los hombres  
agolpar las palabras en esa breve carta  
de larga despedida.

Tras otro árbol oculto tantas preposiciones.

34

Abandono el *Pequod*

con un amor (indómito) de padre.

En el *Albatros* no saben de la ballena blanca  
ni de la morsa de esqueleto blanqueado  
por el mar de lejía.

Todo lo que pregunto es una ofensa.

El capitán Ahab es una ofensa.

La poesía es una ofensa.

El *Albatros* se posa en su madera  
hace un nido más cómodo  
del que haría entre los árboles  
y se queda en silencio.

No encallarme con él  
alza mi vuelo.

De regreso al *Pequod*  
el capitán Ahab me recibe como a aquel hijo pródigo  
del que nadie conoce ni su nombre.

Pero llámenme Ismael  
dice el mar a lo lejos.

Oh, capitán, mi capitán, cuyo nombre es blasfemo.  
Si no fueran las olas de jabón  
comulgaría.

35

Hoy cerramos un mes en la bitácora.

Es el día del diagnóstico.

Abro un ojo. Lo cierro.

Lo abro para saber si el otro está cerrado.

Compruebo que no veo.

Que no hablo.

Y el silencio es un ojo que me observa.

Lo siento a mis espaldas

clavado como arpón.

Abre mi carne.

La cierro de un quejido.

No escucho a alguien entrar.

Le he escondido las llaves en el cuarto de máquinas.

A babor alguien entra: pareciera una morsa.

A estribor, un albatros.

Y el silencio es la mano que me cierra los ojos.

Es mi hermano tan negro como Quiqueg, caníbal  
quien parece beber y mecerse conmigo.

Una fuente de espuma que muestra sus dientes puntiagudos.  
Adelante, adelante, volamos  
alcanzando altamar.

Es mi padre tan blanco como el mar de lejía.  
Oh, capitán, mi capitán, aquí está el demonio.

Y el silencio es la mano que levanta el arpón.

Pero Quiqueg no mata animales pequeños.  
Quiqueg mata ballenas.

36

Y Dios creó a las grandes ballenas  
a semejanza suya.

Por eso dicen que Dios aprieta  
pero no orca.

Y semejante mar, hipócrita lector  
es la ballena.

37

Abro la mano para contar mis dedos  
sentir lo que dejaron escapar  
y agoniza en el piso.

Un pececito blanco  
(apodo de su tía)  
ha circunnavegado las líneas  
de la mano a la voz  
desde adentro  
hacia fuera.

Cierro una puerta más.  
Olvido que la llave  
se resbala.

Me trago las palabras  
(como en una oración)  
las dosifico  
como si fueran píldoras  
y me persigno

y duermo  
sin temblores ni asfixia  
entre mis puños.

Como mudo testigo un ballenero.  
Su capitán, sin pierna.  
Los marinos, sin voz.

Y es el mástil una imponente horca  
de la que (solo) cuelgo.

38

Los cantos de la ballena blanca  
se funden (me confunden)  
con unas campanadas  
a lo lejos.

Hay muchas catedrales sumergidas  
en Pabellón Rosetto.

Pero yo oficio aquí  
donde mis ojos abandonan sus peces  
a orillas de Nantucket.

Hay muchos pabellones dentro  
de Moby-Dick.

Ninguno, sin embargo, tiene una lengua  
viva. Las orcas  
han trabajado bien.

Sombra y luz de mi oficio  
cuando guardo silencio.

39

Para descuartizar a un cachalote

los expertos deben cortar primero su cabeza.

No es tan fácil

hallar dónde comienza el cuello:

breve lugar del canto

de notas tartamudas

que son una explosión de burbujes.

¡Que los demonios te estrangulen!

es frase favorita del doctor

que me persigue

cual barco ballenero.

Y estamos al corriente que incluso los piratas  
nos desdeñan.

Para ellos no hay valía en vencer al Leviatán

que es todo grasa.

No entienden la asechanza de los sueños  
de un fantasma  
del corazón humano.

Al tranquilo, al hospitalario, al modesto ballenero  
le niegan el saludo.

No pierden la cabeza ni los sueños  
en viajes sin retorno.

40

Se encuentra en el jardín  
su rebaño de piedras.  
¿Es Rosetto o Rosetta  
en donde se descifra lo que pienso?

Vengo de comulgar  
burbujas de lejía  
que me dan vida eterna.

¿Esto es el éxtasis  
tomar alguna piedra (preciosa)  
colgármela en el cuello  
y saltar

al vacío

de la mirada?

41

Dejé de ver el centro de tu rostro  
por ser la boca inmensa  
que se tragaba el bosque.

Dejé de ver el bosque  
para perder la fe  
en la trascendencia.

Dejé de verlo todo.

Pero el mar sigue

allí.

42

Hoy se fue mi sobrina  
a las profundidades  
de mis venas.

Me inyectaron su voz  
como un recuerdo  
falso.

La he sentido correr  
arañazo y burbuja.

La soledad es una superficie  
inmune a los arpones.

Duele más la mirada  
que no partió  
con ella.

43

El paciente vomitó al tercer día  
(y cuarenta días más)  
una lista de nombres de cetáceos  
por él desconocidos.

Belugas, narvales y yubartas  
se adueñaron de piletas y vasos.  
No se podía beber  
sin mojarse las barbas  
con rorcuales.

Entonces el psiquiatra  
los puso todos juntos  
y cerró el expediente.

Para unos pudo ser una novela.  
Para otros era música.  
Un episodio bíblico.

El paciente podría haberlo contado  
a su manera.

Pero mordió su lengua  
con un vocablo doble, casi definitivo  
(como réspede)  
que le salvó la vida:  
Moby-Dick... Moby-Dick.

44

Esta ciudad se inunda sin Consuelo.

La hermana de mi padre abandonó la playa de Conchán  
completamente a oscuras.

Una estela de barcas  
pobres entre los pobres  
le abre paso.

Sin que mueva las aguas  
nuestra sed  
no es la misma.

Así reconocemos su trayecto:  
regresando en silencio  
por donde existió el canto.

45

La baba de dragón  
el ámbar gris  
que antes especió el vino  
no era desconocido en nuestro barco.  
Incienso de los turcos  
perfume en la carta para Clarice Starling  
que firmó Hannibal Lecter  
en Florencia, muchos años después  
de los Orsini.

Yo lo uso de amuleto  
contra las epidemias  
(según lo recomienda el caníbal Quiqueg).  
A la manera de Leviatán  
lo frote en la cabeza del monarca  
británico (tan poco hospitalario)  
y tiento con su aroma al redentor  
con tal de recobrar mi paraíso.

No existe el cementerio de ballenas  
pero basta mi fe para matarlas.

46

Muerdo mi brazo  
la mano que me da de comer  
el dedo que me apunta.

Muerdo mis uñas  
hasta probar la sangre  
noble de los Orsini.

Abro la boca  
para tragarme el bosque  
el mundo entero.

Y para ellos no soy  
sino un ogro  
de piedra.

47

Muerdo los largos fémures  
del pirata contrario.  
Lo dejo a la deriva  
de su propia crueldad.

Le toca descubrir  
(luego de tantas islas)  
lo que enterramos juntos  
dentro del cachalote.

Él dice Billy Budd.  
Y yo digo Jonás.

Ambos nos confundimos.

48

Al remover los intestinos del cetáceo  
en busca del grisámbar  
leemos el futuro.

Aparecen los fantasmas en blanco  
y las sombras oscuras  
que comparten resaca.

Aparece el alcohol que sustituye  
los perfumes. Las naves  
de Japón y de Noruega  
que no cumplen las cuotas de captura.

Aparecen las suelas de zapatos  
pero ninguna huella de la ballena blanca.

Ha desaparecido. Tal vez  
porque dejamos de perseguir sus sueños.

Ha desaparecido, como Dios  
quien no ascendió a los cielos  
ni regresó al océano.

Esto te mando en una carta  
mi querida sobrina  
porque quisiera verte  
(qué grandes ojos tienes)  
para comerte a besos.

Y si no la respondes  
nunca conocerás  
esa piedra preciosa  
(el estelión más largo)  
que no puede leerse  
fuera de mi cerebro.

Nunca podrás probarla  
mientras viva.

49

En verdad cualquier hombre mataría a una serpiente  
pero sólo un Perseo, un San Jorge, Hércules o Visnú  
doblega a Leviatán.

Comparto los blasones del primer arponazo  
y conozco la tierra donde Jonás zarpó.

Allí está el esqueleto  
blanco (por la lejía)  
de ese dragón del agua  
que relata Ezequiel.

Una mezquita, casi  
donde una hermosa lámpara ardía  
sin aceite.

Así hacemos los recios balleneros  
de Nantucket.  
Así arderán Perseo, San Jorge, Hércules o Visnú.

50

Esa ballena que huye (a mil brazas) bajo la luz del sol  
lanza chorros de niebla en el Canal del Eire.

A cada lado de su espinazo se encuentra el laberinto cretense  
sus tribus escamosas, sus pacientes  
fantasmas.

A quien llaman Ismael también respira agitado  
(unas setenta veces) con la boca cerrada  
en Pabellón Rosetto.

Necesita del aire incluso  
cuando duerme.

El cachalote no va a la superficie para tomar el aire  
para lanzar sus chorros vitalicios  
y cubrir de vapor al ballenero.

Emerge, como un Dios  
para encontrar al hombre  
y destruir sus obras.

Después de un coletazo níveo, resplandeciente  
restará la neblina. El fantasma  
paciente  
volverá por más (aire, supervivencia)

con el agua en los ojos  
que, dicen, puede causar ceguera.

51

Quien vuelve de su sueño, si respira  
no se retuerce nunca. Se enfrenta a sus iguales  
de cabeza. La cola es para el hombre  
(por su inferioridad). También en eso  
la ballena es un Dios.  
No le vemos el rostro, pero qué bien  
golpea cuando exhala. No  
lo vemos  
de frente, aunque de un coletazo  
nos lleva a los abismos de su reino.  
Donde la gloria es agua  
el hombre no  
respira.

52

Con una vara verde  
recorro las costillas de la bestia.

Dicen que es imposible  
conocerla por dentro.

Igual paso los dedos por sus clavos  
como hiciera Quiqueg con su ataúd.

Para él ahora es un cofre  
donde guarda la ropa y sus doblones.

Doblo así mi temor  
y recorto las barbas de la muerte.

Aunque verde es la envidia  
de quien dice: “con la vara que mides...”.

53

Dar en lo blanco

aun antes de que exista

la hoja

animal sin orillas

como el cielo

filoso atardecer que enrojece

las manos

cuando escribes

“dar casa” a la ballena

y

entonces

vive

junto a ti  
toda la eternidad.

54

La austera luz de una lámpara de aceite  
otorga realidad a estas palabras: cabeza  
aletas, cola. Resoplido y vaivén  
en donde contemplamos aquello que no somos  
y apenas se insinúa. La sangre  
con sus oleajes bíblicos  
y ese nombre que se enquistaba y florece  
detrás del cerebelo. Arácnido  
derrame de petróleo  
a punto del incendio. Y sin embargo  
llegados a este punto  
es un faro doméstico, apacible sonar  
que nos alerta de aquella otra palabra  
menos hospitalaria (si británica)  
que nos muerde la lengua.

A horcajadas, decimos  
Ismael.  
Carcajadas de la orca que se mantiene  
a oscuras

(en un derrame interno)  
y nos contagia  
su bullicio infernal.

A mordidas nos decimos  
amor. (Di. Das.)  
Nos entregamos a esa fuente de luz  
en que chorreamos.

Sin un manto de sombra  
sobre el cuerpo  
nos volvemos fantasmas  
apacibles  
en espera de un fósforo.

55

El mar es un espejo.

Si te devuelve la imagen de una orca  
no pretendas cazarla  
sin arpones.

Si sólo ves fantasmas  
no le quites la sábana al vecino.

Si te miras  
de frente  
reza toda la noche  
para que no te ahogues.

Otro  
yo  
podrá apagar las llamas  
desde adentro.

56

Hace meses falleció la tía Paz  
y consuelo después  
nos enteramos.

Y que Ismael conocerá Japón  
por travesía marítima.

Y una espera se ahogó  
en el íntimo mar  
de mi sobrina.

Todo esto ya fue escrito  
en el lomo de *Moby-Dick*  
(de Melville).

Sin embargo (recuerdo  
a Galileo): “Y todavía  
nos mueve”.

La ballena y el mar  
no son iguales  
y son  
el mismo blanco  
que todos recordamos.

No se han muerto mis tías  
ni se perdió un sobrino.  
Ismael, en su viaje a Japón  
irá por ellos.

Cuando alguien muere  
a ver si ya por fin  
nos enteramos  
queda más cerca de uno.

El cachalote arrastra en su locura  
a quien lo nombra.  
Si callamos, en la sal de la sangre permanece  
como navaja intacta.  
De la blancura ciega de su cola  
no hay modo de apartarnos  
pues la muerte hipnotiza.  
Giramos la cabeza  
a babor y estribor  
negándolo tres veces.  
En el cuarto (de máquinas)  
el capitán, mi capitán, confirma  
que alcemos el arpón contra los dioses.  
Escucho (adentro, muy adentro)  
que el espigón más largo  
se abre paso  
con sílabas ruidosas  
hacia quien esto  
escribe.

58

La persona que firme este diagnóstico  
no será la culpable de mi huida.  
La enfermedad, me dicen  
puede apenas mirarse  
entre los sueños. La sombra  
de una almohada  
que Billy Budd coloca firmemente  
para acallar mi cuerpo.

Le dejo a mis ausentes todo el canto.  
Mi grasa, al enemigo Ahab.  
El aceite, a los buitres.

Sólo pido que si baja un albatros  
buscando mi grisámbar  
por hermandad de bestias  
lo destrocen.

Alto morir al fondo de uno mismo  
lejos de puertos, buques, hospitales

ciego y loco...

¡esto sí es vida!

59

No se quema el *Pequod*

en la historia de Melville, ni aparecen  
fantasmas de estetoscopio al pecho.  
Pero así como adquiere la navaja al asesino  
llega el fuego a los ojos  
y su final a Dios.

Para ser un patriota (como diría Lizalde)  
me rebano la lengua antes que permitírsele a las orcas.  
No les diré mi nombre, pero  
llámenme Ismael... y después salgan  
corran, como las ratas  
huyen del buque que zozobra.

Con espuma en la boca  
confesaré mi nombre (hospitalario, indómito)  
a quien quede varado en mi lecho  
encendido. A quien comulgue  
en éxtasis.

60

NO ME PREGUNTEN si esta novela es real  
o quiénes la vivieron:  
los que estamos  
cupimos en la vista  
pese al cuarto  
vacío colindante hacia el otro  
jardín. Hibiscos como jóvenes  
rebeldes que recogimos, chupamos y dejaron  
limpias gotas de orín  
debajo de las sábanas. Lirios  
de tallo duro y orificio cremoso. Perlas  
de raíz infecciosa mas benigna  
sin daño en los riñones.  
Nada que ver con el reino de Fungi  
ni el dragón de Komodo.  
Entonces desearía  
que mi garganta seca revelara  
una historia  
a la vez  
.

Aunque es  
mentira. No  
venimos del agua  
pues las olas recogen  
sus lindes como una  
idea sin fruto: rocío  
que es la nube  
y la sal

.

Nada  
como una idea  
nos devuelve a la flor  
sin miramientos  
cuando el engaño  
es no ser  
fruto

.

Nada

.

Porque  
somos de barro  
nos hundimos. No hay  
cáliz que nos salve  
de morir

.

Anterior  
al suicidio  
una sola palabra  
se desangró en la mesa al aplastarla  
bajo el peso amoroso de mis manos. El café  
levantaba su aroma como un testigo falso  
con sus alas violentas y estorbosas. Buitres o escarabajos  
que se veían venir detrás del desayuno. El silencio  
desollado de una conversación abierta  
en canal, con el amor en víscera  
latente y testarudo como ese golpeteo  
de una nota en el piano. Espejo  
en el espejo. Árbol  
par

.

Unos  
cuantos minutos  
faltaron en la alarma  
que despertó la voz de la conciencia.  
Esos pocos segundos me quisiste  
matar igual que el tiempo. Con los pasos  
escribo la blancura del destino tan breve. No con los dedos buenos  
para la música  
y no para  
el silencio. Tiersen o Michael Nyman  
también habían caído (ellos

tan suavemente) poco después que tú. Y como yo  
no estaba  
se dicen muchas cosas  
que no hacen más que unirnos. Al azul  
del cabello se asomaron tus ojos  
con su golpe de azul  
y su sangrado.

Vacía  
paternidad  
cuya dolencia dejó  
sus cicatrices  
en los escarabajos y los buitres  
pero nunca en nosotros.

Mucho menos  
en ti

.

No  
me pregunten  
si conocía el final:  
lo que no tiene nombre  
son las explicaciones no pedidas  
cuando ni con piedad se consigue  
desvanecer lo que un autorretrato apunta  
con su fecha y su firma, sus rojos  
sus azules en lo más blanco  
y negro de esta historia.

Rimas de otro  
verano por la tarde  
sin rocío ni  
piedad  
.  
No  
tarde  
para un diario  
sino en el golpe  
justo  
como injusta es  
la muerte que viene  
y trae tus ojos  
azules  
en el cielo  
que nos ciega  
y consigue  
que escondamos los lentes  
y miremos por dentro  
en los rojos latidos  
lo que nos adultera una sola palabra  
si rima con infancia  
no con mamá  
con  
mí  
.  
.

Go  
lpe atroz  
este piano  
la mano suavemente  
en la mejilla inerte de la calle.  
Nyman y Tiersen sordos  
distráidos  
peatones  
que no te ven  
caer  
como los buitres  
y los escarabajos que ocultan  
tus cabellos azules y tus ojos tan rojos  
y esta sed por decirnos los pendientes  
abrazos, las ausencias totales  
que dieron por respuesta  
una historia  
a la vez  
.  
Caer  
de liberada mente  
como un arpón  
deja la mano  
el impulso  
la sien  
.

Caer  
en cuenta  
ya demasiado  
tarde  
que no hay cuartos  
ni pisos  
hibiscos o jardines  
que detengan  
la mente  
(lamentable)  
si  
cae  
.

## Coletazo

*Con un chorro blanquísimo sepultado en la vena*  
así comienzo todo (de nuevo), hacia mi cuerpo  
el menos visitado, lo que no conocí  
antepalabra  
de tu nombre y su canto, animal protegido  
de púas  
muriendo en la garganta. Lengua  
rota  
con ojos tartamudos, en esquiras  
de hueso  
y camisa de fuerza. Éste  
soy. El que nada  
hacia fuera, con sus alas cubiertas de salitre.  
El que todo  
ha mirado desde la disyuntiva del trance y lo deforme.  
Un yo provisional. El que nada  
hacia adentro: a la tormenta oscura del Pabellón Nantucket  
en el buque *Rosetto*. El que nada  
con jóvenes blanquísimos, dos  
pacientes vigías de mi transpiración, en chorros

en un flujo sanguíneo  
que me saca del mundo y me regresa al mar, a la infancia  
al lar de mi cabeza  
comprimida  
en la que Dios inserta un bisturí, una aguja  
una púa de su mano que es la mía  
y se extiende, aracnoide, como una marea roja,  
un quiste, un tumor cerebral  
un cruce de caminos entre lo que recuerdo y lo que ya no vivo.  
Mi mano bendecida por el fuego que la fe provocó  
se zanja en la ballena que perseguí por años. Se sumerge  
en sus costillas vivas, catedral de mi boca, en la arena  
volátil del dolor y sus múltiples playas  
sin pescador alguno.  
Éxtasis de mi boca  
este azul  
que respiro  
(comulgo)  
y me hace  
creyente  
de este  
mar  
que soy  
la mar  
sin la  
tabla

de los diez  
mandamientos  
golpeándome  
pegándome  
con su *crawl*  
con su crack  
con su no  
sé  
qué  
pasa...  
con su no sé...  
(con el que fueron creadas las ballenas).



## NOTAS FINALES

*Mi reconocimiento para Margaret Atwood, Piedad Bonnett, Antonio Cisneros, Eduardo Lizalde, Herman Melville, Héctor Viel Temperley, Walt Whitman y todos aquellos que fueron convocados en la alucinación de la lectura.*

*Mi admiración y cariño para Guillermo Fernández, quien aparece nuevamente como un fantasma hospitalario y cuyo crimen no ha querido ser investigado por las autoridades correspondientes.*



# Índice



	Embestida	11
1	Alguna vez lo dije	14
2	Los miedos se han quedado en la tierra	16
3	Le decían Moby-Dick	17
4	De las olas más quietas	18
5	Para comenzar (todo) de nuevo	19
6	Las ballenas	20
7	Llámenme Ismael	22
8	Mi nombre tiene una letra	23
9	Lo vi dejar la ropa y su inocencia	25
10	Aunque prefiere las voces masculinas	27
11	Tengo un sobrino que se llama Ismael	29
12	El destino de las sombras	31
13	Está lejos de casa lo que miro	32
14	La gente que ha pasado	33
15	Estoy hecho de la belleza cruel	34
16	En la sal imposible	35
17	Estoy que me deshago	36
18	Por fin	37
19	Oh, capitán, mi capitán	38
20	Mi sobrina usa argollas de pirsin	39

21	Le decían Moby-Dick	41
22	Para empezar de nuevo	43
23	No me sé el nombre en latín del cachalote	44
24	La llegada de un nombre de tan lejos	46
25	Déjame que te cuente cómo lo hallé	48
26	Si Dios no se moviera	50
27	Es tan sencillo	51
28	Le digo capitán	53
29	El gran pez	55
30	Del vellocino	56
31	Hoy ha salido el sol	58
32	Cual si fueran de lejía las olas	59
33	Los que no me conocen...	61
34	Abandono el <i>Pequod</i>	65
35	Hoy cerramos un mes	67
36	Y Dios creó a la grandes ballenas	69
37	Abro la mano para contar mis dedos	70
38	Los cantos de la ballena blanca	72
39	Para descuartizar a un cachalote	74
40	Se encuentra en el jardín	76
41	Dejé de ver el centro de tu rostro	77
42	Hoy se fue mi sobrina	78
43	El paciente vomitó	79
44	Esta ciudad se inunda	81
45	La baba de dragón	82
46	Muerdo mi brazo	84

47	Muerdo los largos fémures	85
48	Al remover los intestinos del cetáceo	86
49	En verdad cualquier hombre	88
50	Esa ballena que huye	89
51	Quien vuelve de su sueño	91
52	Con una vara verde	92
53	Dar en lo blanco	93
54	La austera luz de una lámpara de aceite	95
55	El mar es un espejo	97
56	Hace meses falleció la tía Paz	98
57	El cachalote arrastra en su locura	100
58	La persona que firme este diagnóstico	101
59	No se quema el <i>Pequod</i>	103
60	No me pregunten si esta novela es real	104
	Coletazo	111



*Llámenme*

*Ismael*, de Luis Armenta

Malpica, se terminó de imprimir en

xxxxxxx de 2014, en los talleres gráficos de xxxxxxxx

xx

xxxxxxxxxxxxx. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Portada: Iván Emmanuel Jiménez y Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, y el autor. Supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Editor responsable: Félix Suárez.







